



XXVI SÍNODO DIOCESANO

TOLEDO 2025-2028

Caminando juntos con Cristo

“Volver al
amor primero”



CARTA PASTORAL

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo y Primado de España

✠ FRANCISCO CÉSAR GARCÍA MAGÁN
Obispo auxiliar

www.sinodotoledo.com



CARTA PASTORAL

**A LOS SACERDOTES, MIEMBROS DE LA
VIDA CONSAGRADA Y FIELES LAICOS
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO**

«Volver al amor primero»

Sobre el XXVI Sínodo Diocesano

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

✠ FRANCISCO CÉSAR GARCÍA MAGÁN
Obispo auxiliar

Edita: Arzobispado de Toledo.
Dep. legal: TO 312-2025.
Toledo, 2025.

ÍNDICE

Volver al amor primero.....	5
1. ¿Qué es el sínodo y qué esperamos de él?.....	8
2. Una invitación a todos: ¡Participa!.....	10
3. El camino del Sínodo: Tres años de gracia.....	12
<i>Primer año: renovación espiritual. Volver al primer amor...</i>	12
<i>Segundo año: La transmisión de la fe. Salir a anunciar el Evangelio.....</i>	13
<i>Tercer año: Acción de gracias y compromiso misionero.....</i>	14
4. Conclusión: Con María, caminemos juntos con Cristo.....	15

VOLVER AL AMOR PRIMERO
Sobre el XXVI Sínodo Diocesano

Queridos hermanos y hermanas: Con verdadera alegría y con esperanza renovada os escribimos estas líneas. Son palabras que brotan de nuestro corazón de pastores, que caminan junto a su pueblo, que comparten sus preocupaciones, sus sufrimientos, sus ilusiones y su fe. Queremos hablaros de corazón a corazón, porque así es como Jesús nos enseña a dirigirnos los unos a los otros: no con discursos fríos, sino con la cercanía de quien ama.

*“Pero tengo contra ti que has abandonado tu amor primero.
“Acuérdate, pues, de dónde has caído,
conviértete y haz las obras primeras”
(Ap 2, 4-5).*

Estas palabras del Ángel del Señor resuenan hoy en nuestros corazones como resonaron un día en las comunidades cristianas a las que se dirigía el libro del Apocalipsis. Son palabras exigentes, pero al mismo tiempo llenas de ternura, porque quien nos las dirige no es un juez severo que viene a condenar, sino el Esposo fiel que nos ama, que conoce nuestras obras, que ve nuestro cansancio y nuestros esfuerzos, pero que nos llama a redescubrir la alegría de la fe y a reavivar el fuego del primer amor.

Con esta carta pastoral queremos invitaros a todos —sacerdotes, consagrados y laicos— a entrar juntos en un tiempo de gracia que mar-

cará la vida de nuestra archidiócesis: el Sínodo Diocesano de Toledo. Un sínodo no es una reunión más, ni una simple asamblea administrativa. Es un acontecimiento espiritual. Es dejarnos reunir por el Señor, que camina con nosotros, para escucharlo juntos y discernir qué nos está pidiendo hoy. Es, en definitiva, un nuevo Pentecostés para nuestra iglesia diocesana.

Este primer año del camino sinodal queremos dedicarlo de manera especial a hacer un examen de conciencia comunitario. Así como cada cristiano está llamado a examinar su vida a la luz de la Palabra de Dios para acoger la conversión que el Señor le pide, también la diócesis — como familia de familias, como comunidad de comunidades— necesita detenerse, mirar su historia, reconocer las bendiciones que Dios nos ha regalado y, al mismo tiempo, ser humilde para descubrir sus debilidades, heridas y pecados. No se trata de hacer un juicio condenatorio, sino de ponernos sinceramente ante Dios, con la confianza de quien sabe que es amado y perdonado, para dejarnos renovar por su Espíritu.

Nos urge reconocer con gratitud el camino que el Señor ha hecho con nosotros: tantas parroquias vivas, tantas vocaciones que han brotado en nuestro suelo, tantos laicos comprometidos, tantas obras de caridad silenciosa. Pero también nos urge mirarnos con sinceridad: las divisiones que a veces nos paralizan, el cansancio que nos apaga, la falta de relevo generacional en algunos lugares, el riesgo de acostumbrarnos a la fe y perder la pasión por anunciar el Evangelio. Este examen de conciencia es el primer paso para dejarnos curar por el Señor y para volver a encender el fuego de la misión.

Por eso, os invitamos a vivir este tiempo no como una obligación, sino como un encuentro personal y comunitario con Jesucristo. Él es quien nos llama a “volver al amor primero”, a recordar con alegría los momentos en que descubrimos la belleza de seguirle, y a renovar ese sí que un día dimos: en el bautismo, en el matrimonio, en el sacerdocio, en nuestra vida consagrada o en nuestro compromiso laical. Queremos que el sínodo sea una oportunidad para escucharnos mutuamente, para rezar juntos, para aprender a caminar de verdad como una familia de discípulos misioneros.

Sabemos que no es fácil. Exige tiempo, exige humildad, exige disponibilidad para dejarnos cuestionar. Sin embargo, estamos convencidos de que merece la pena. Como el pueblo de Israel en el desierto, el Señor nos está conduciendo a una tierra nueva. Y no nos lleva solos: nos quiere juntos, apoyándonos unos a otros, escuchándonos con respeto, discerniendo en común, para que su Iglesia en Toledo sea cada vez más luminosa, fraterna y misionera.

Hoy queremos lanzaros una invitación muy especial, que va dirigida a todos: sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas, laicos de toda condición, familias enteras, jóvenes que miráis el futuro con ilusión, mayores que sois memoria viva de nuestra fe. A todos, sin dejar a nadie fuera, os invitamos a emprender una gran aventura espiritual que comenzamos juntos: el XXVI Sínodo Diocesano de Toledo.

Sabemos que algunos os preguntarán:

¿Qué es exactamente un sínodo? ¿Para qué sirve? ¿Por qué es tan importante que participemos todos?

Un sínodo es, sencillamente, un tiempo de gracia que el Señor nos regala para escucharnos los unos a los otros y, sobre todo, para escucharle a Él. Es un tiempo para detenernos en medio del ruido de cada día y preguntarnos juntos qué quiere Dios de nosotros hoy.

Es también un momento para mirar nuestra vida como Iglesia, con sinceridad y humildad, y dejar que la Palabra de Dios ilumine nuestros pasos. Por eso queremos plantearnos preguntas muy sencillas pero profundas:

- ¿Cómo estamos viviendo el Evangelio? Esta pregunta nos ayuda a revisar nuestra fe, nuestra manera de seguir a Cristo, nuestra vida personal, familiar y comunitaria. No se trata de sentirnos culpables, sino de descubrir dónde estamos y de agradecer todo lo bueno que el Señor ya está haciendo en medio de nosotros.
- ¿Hacia dónde quiere llevarnos el Señor en este momento de la historia? No vivimos en un tiempo cualquiera, sino en el aquí y ahora que Dios nos ha confiado. ¿Qué retos nos presenta nuestra sociedad? ¿Qué heridas debemos sanar? ¿Qué signos

de esperanza debemos cuidar? Descubrirlo juntos es dejarnos conducir por el Espíritu Santo, que sigue guiando a la Iglesia.

- ¿Qué pasos debemos dar para anunciar a Cristo con más fuerza y alegría? El Sínodo es una oportunidad para reavivar la misión, para renovar el ardor de nuestra fe y encontrar formas concretas de mostrar el rostro de Jesús a quienes están lejos de la Iglesia o se sienten indiferentes.

Queremos dejar claro algo importante: el Sínodo no es un simple congreso, ni una reunión de expertos, ni una asamblea cerrada donde se decidan cosas en despachos. Tampoco es un intento de cambiar la doctrina de la Iglesia o de inventar un cristianismo a nuestra medida. Lo que buscamos es mucho más profundo: dejarnos renovar por el Espíritu Santo.

Necesitamos que nuestra iglesia diocesana sea cada vez más viva, más misionera y más unida. Queremos una Iglesia que no se conforme con “ir tirando”, sino que camine con paso firme y con alegría, que viva de verdad lo que cree y que sea capaz de transmitir la fe a las nuevas generaciones.

En la Carta Pastoral que os escribí el curso pasado os decía: *“Este sínodo es un tiempo de gracia. Es una llamada a despertar de la rutina y a caminar juntos con Cristo. No podemos quedarnos como estamos, porque el Señor nos invita a ir más allá, a salir de nuestras seguridades y a escuchar lo que su Espíritu dice hoy a la iglesia de Toledo.”*

Esta es la invitación que os hacemos: despertar, ponernos en camino, caminar juntos. No queremos hacerlo solos ni desde arriba: queremos que todos participéis. Cada voz cuenta, cada aportación es valiosa, cada oración es necesaria.

1. ¿Qué es el sínodo y qué esperamos de él?

El sínodo que estamos celebrando es mucho más que un evento puntual o una serie de reuniones. Es, como nos gusta llamarlo, la gran asamblea de toda la diócesis. En ella estamos llamados a participar

todos: sacerdotes, diáconos, consagrados, laicos, familias, jóvenes, mayores, niños y ancianos. Nadie puede quedarse fuera, porque en la Iglesia todos somos importantes y todos tenemos algo que aportar.

Esta es una verdad que no podemos cansarnos de repetir: la Iglesia no es solo de los curas, ni solo de los obispos, ni solo de los que tienen responsabilidades visibles. La Iglesia es la casa de todos los bautizados, el hogar donde cabemos todos, con nuestras historias, nuestras heridas, nuestras búsquedas y nuestros dones. Si tú estás bautizado, la Iglesia es tu familia y tu voz cuenta.

Por eso, este sínodo quiere ser mucho más que un simple trabajo organizativo: quiere ser un auténtico ejercicio de comunión. La palabra comunión no es solo un concepto teológico; es una experiencia viva, una llamada a caminar juntos, a dejarnos transformar por la presencia del Espíritu Santo en medio de nosotros.

Veamos juntos lo que esto significa:

Comunión con el Espíritu Santo, que es el verdadero protagonista de este camino. Sin Él, el sínodo sería solo un ejercicio humano, una serie de reuniones que se quedarían en papeles y documentos. Con Él, en cambio, es un tiempo de gracia, un Pentecostés que puede renovar nuestros corazones. Preguntémonos: ¿Rezo por el sínodo? ¿Me abro en la oración para que el Espíritu me muestre qué quiere de mí? ¿Creo de verdad que Dios puede hacer nuevas todas las cosas en mi parroquia, en mi familia, en mi vida?

Comunión entre parroquias y movimientos, para sentirnos de verdad una sola Iglesia. A veces vivimos demasiado encerrados en nuestra propia parroquia, en nuestro grupo o en nuestra comunidad, como si lo que pasa en la parroquia de al lado no tuviera que ver con nosotros. El sínodo es una oportunidad para romper esas fronteras y experimentar que todos formamos parte de la misma familia diocesana. Preguntémonos: ¿Qué puedo hacer yo para que mi parroquia no viva aislada? ¿Cómo puedo abrirme a conocer y valorar lo que el Espíritu está suscitando en otros grupos, en otros lugares de la archidiócesis?

Comunión entre pastores y fieles, para escucharnos mutuamente con respeto y con amor. Es el momento de sentarnos a la misma mesa,

de mirarnos a los ojos, de compartir alegrías y preocupaciones. Es tiempo de hablar y de escuchar, de proponer y de acoger lo que otros tienen que decir. Preguntémonos: ¿Escucho yo de verdad lo que dicen mis hermanos en la fe? ¿Dejo que el otro me enseñe algo, aunque piense distinto de mí? ¿Me atrevo a hablar con sinceridad y con respeto para ayudar a construir la Iglesia que el Señor sueña?

Sí, hermanos, esperamos mucho de este sínodo. Esperamos que sea como una primavera espiritual para toda la archidiócesis. Queremos que renueve la ilusión de nuestros sacerdotes y diáconos, que tantas veces se desgastan en el día a día; que reavive la generosidad de nuestros consagrados y consagradas, que son signo profético en medio del mundo; que fortalezca el compromiso de nuestros laicos, llamados a ser luz en sus familias, en el trabajo, en la vida social.

Principalmente, esperamos que devuelva a todos el entusiasmo por anunciar a Jesucristo. No queremos una fe apagada, vivida con miedo o con resignación. Queremos una fe alegre, valiente, misionera, que contagie esperanza a los que están lejos, que toque el corazón de los que buscan a Dios sin saberlo, que dé razones de alegría en un mundo tantas veces herido.

El sínodo es la ocasión para redescubrir que no caminamos solos. Cristo nos reúne, nos envía, nos sostiene. Dejémonos renovar, dejemos que este tiempo sea para todos un nuevo comienzo.

2. Una invitación a todos: ¡Participa!

Queremos deciros algo con toda claridad, desde lo más hondo del corazón: este sínodo no es para unos pocos, es para todos. No es un evento reservado a unos cuantos especialistas o a quienes tengan más formación. No es algo que sucederá en la ciudad de Toledo mientras el resto simplemente lo mira desde la distancia o lo sigue por internet. Este sínodo es de toda la archidiócesis, es de cada parroquia, de cada familia, de cada comunidad. Es tuyo.

El Sínodo será verdaderamente un acontecimiento de gracia si todos nos implicamos, si todos sentimos que tenemos algo que aportar y si

nadie se queda fuera. Todos somos parte de la Iglesia, todos somos necesarios.

¿Y cómo participar? Hay muchas maneras y todas son importantes:

Creando grupos sinodales en las parroquias, en las cofradías, en las familias, en los colegios. Estos grupos serán pequeños espacios de escucha y de diálogo, donde podamos compartir nuestra fe, nuestras preocupaciones, nuestros sueños para la Iglesia. Es el lugar donde todos tienen voz: el niño, el joven, el adulto, el anciano. Preguntémosnos: ¿Estoy dispuesto a reunirme con otros, a escuchar y a dejarme interpelar por lo que el Señor inspire a mis hermanos?

Rezando cada día por el sínodo, para que el Espíritu Santo nos guíe. La oración es el alma de todo este proceso. Sin oración, el sínodo se queda en palabras. Con oración, se convierte en un verdadero Pentecostés. ¿Rezas ya por el sínodo? ¿Lo presentas en la Eucaristía, en el Rosario, en tu oración personal? Cada Avemaría, cada Padre Nuestro rezado por esta intención es un soplo de Espíritu que puede cambiar el rumbo de nuestra Iglesia.

Escuchando y compartiendo, en un clima de respeto, lo que el Señor pone en nuestro corazón. Este es un punto fundamental. Escuchar de verdad no es fácil: supone callar mis propios prejuicios, abrirme al otro, acoger incluso lo que me incomoda. Y compartir tampoco es sencillo: requiere valentía para hablar con sinceridad, pero también humildad para no imponer mi punto de vista. ¿Estoy dispuesto a escuchar sin juzgar? ¿A compartir con respeto lo que Dios me inspire?

Para que este ejercicio de escucha y de compartir sea profundo y fecundo, vamos a utilizar la dinámica de la “Conversación en el Espíritu”. Es un método sencillo y precioso que nos ayuda a descubrir juntos lo que Dios nos está diciendo. Consiste en tres pasos: primero escuchar en silencio la Palabra de Dios y la voz de cada hermano; después compartir lo que hemos sentido o comprendido en la oración y finalmente discernir juntos qué mociones del Espíritu se repiten y qué caminos nos sugiere. No se trata de debatir para ver quién tiene razón, sino de dejarnos guiar entre todos por el Espíritu Santo. En la Conversación en el Espíritu no hay vencedores ni vencidos, hay hermanos que buscan

juntos la voluntad de Dios.

Como nos han recordado recientemente tanto el Papa Francisco como el Papa León XIV en alguna de sus intervenciones, bien podemos decir que la sinodalidad no es una moda ni un eslogan, sino más bien un modo de ser Iglesia, una actitud de escucha, de diálogo y de discernimiento en común.

Eso es exactamente lo que queremos vivir juntos en estos años: una Iglesia que camina unida, que se mira a los ojos sin miedo, que se escucha de verdad, que reza y discierne junta, y que sale al encuentro del mundo con el Evangelio en la mano y con el corazón encendido.

Por eso, os decimos con fuerza: no tengáis miedo de hablar, no tengáis miedo de proponer, no tengáis miedo de soñar. El Señor os necesita, la Iglesia os necesita. Este sínodo será tanto más fecundo cuanto más participemos todos, cuanto más dejen su huella las voces de los sencillos, de los jóvenes, de las familias, de los consagrados, de los sacerdotes y diáconos.

3. El camino del Sínodo: Tres años de gracia

Hemos querido que el sínodo no sea algo que pase rápido ni una serie de reuniones que se olviden pronto. Queremos que sea un camino que recorramos juntos, paso a paso, dejándonos transformar por el Señor. Por eso hemos pensado en tres etapas, una por cada curso pastoral. Así podremos vivir este tiempo con calma, sin prisas, escuchando a Dios y escuchándonos los unos a los otros.

Cada etapa tiene un sentido profundo y un objetivo que queremos compartir con vosotros:

Primer año: renovación espiritual. Volver al primer amor

Sabemos que muchos de vosotros —sacerdotes, catequistas, voluntarios, familias— sentís a veces cansancio. El día a día puede pesarnos. Las tareas pastorales, el trabajo, los problemas familiares, las preocupaciones... pueden apagar poco a poco la alegría que nos movió al

principio. Incluso en la vida de fe podemos caer en la rutina y perder el entusiasmo.

Por eso, este primer año es una invitación a volver a las fuentes, volver al primer amor. Queremos que sea como una revisión de vida a la luz de la Palabra de Dios, un tiempo para preguntarnos:

- ¿Cómo está mi relación con el Señor?
- ¿Vivo la fe como una alegría o como una obligación?
- ¿Mi comunidad es un lugar donde se respira fraternidad y esperanza, o estamos apagados y desanimados?

Para acompañarnos en esta tarea, hemos elegido las Cartas a las siete Iglesias del Apocalipsis, que son como un espejo en el que mirarnos. En ellas, el Señor alaba lo bueno, corrige lo que necesita cambiar y anima a la conversión. No se trata de juzgarnos ni de desanimarnos, sino de escuchar la voz de Cristo que nos dice: “Tengo contra ti que has abandonado tu primer amor. Conviértete y vuelve a mí” (cf. Ap 2,4-5).

Queremos que este año nos ayude a renovar la oración personal, a recuperar espacios de silencio para encontrarnos con Dios, a cuidar la vida sacramental, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación, y a reavivar la fraternidad en nuestras comunidades. Este es el primer paso: dejarnos renovar interiormente para poder luego renovar la vida de toda la diócesis.

Segundo año: La transmisión de la fe. Salir a anunciar el Evangelio

El segundo año pondrá el acento en la gran misión de la Iglesia: transmitir la fe. Hoy vivimos en un mundo en el que muchos ya no conocen a Jesús o viven como si Dios no existiera. Incluso entre los bautizados hay un gran desconocimiento de lo esencial de la fe cristiana.

Por eso queremos hacer juntos algunas preguntas que no podemos evitar:

¿Cómo estamos acompañando a los niños, a los jóvenes, a las familias en su camino de fe? Esta pregunta nos lleva a revisar la catequesis, la

pastoral juvenil, el acompañamiento de las familias. ¿Ayudamos a que la fe sea algo vivo, o nos limitamos a cumplir un programa?

¿Qué hacemos para que nuestras parroquias sean lugares de encuentro con Cristo? No basta con tener horarios de misas y despachos abiertos. ¿Son nuestras comunidades acogedoras? ¿Hay personas que sepan escuchar, acompañar, integrar?

¿Cómo estamos presentes los cristianos en la sociedad, en la cultura, en la política? La fe no puede quedarse encerrada en las sacristías. ¿Somos capaces de dar testimonio público de lo que creemos? ¿Nos implicamos en transformar la sociedad con el Evangelio, en la escuela, en el trabajo, en el mundo de la cultura, en la vida pública?

Este será un año para imaginar juntos nuevos caminos de evangelización, para atrevernos a salir de nuestros templos, para encontrarnos con la gente allí donde vive y sufre, para hablar de Jesús con sencillez y con alegría. Queremos perder el miedo y los complejos, y recuperar la audacia de los primeros cristianos, que anunciaban el Evangelio en plazas, calles y casas, con la fuerza del Espíritu Santo.

Tercer año: Acción de gracias y compromiso misionero

El tercer año será un tiempo de acción de gracias. Nuestra archidiócesis tiene una historia preciosa, llena de testigos y de frutos: santos obispos y sacerdotes, familias generosas, jóvenes que buscan la verdad, comunidades religiosas entregadas al servicio de todos. Todo esto es un regalo que debemos agradecer.

Ahora bien, no queremos quedarnos en la nostalgia del pasado ni en la autocomplacencia. La Iglesia no vive de recuerdos, sino de la esperanza del futuro que Dios nos prepara. Este será el momento de asumir un compromiso nuevo de misión: queremos ser una Iglesia más viva, más cercana, más misionera.

Será también el tiempo de recoger los frutos del Sínodo: las propuestas que hayan surgido, las orientaciones pastorales que se hayan discernido juntos, los nuevos caminos que el Espíritu nos haya inspirado. Y será el momento de ponernos en marcha, de convertir

las palabras en gestos concretos, de pasar de la escucha a la acción.

Queremos salir de este sínodo como una iglesia en salida, que no tiene miedo de ir a las periferias, que no se queda encerrada en sus problemas, que vive para anunciar el Evangelio a todos.

4. Conclusión: Con María, caminemos juntos con Cristo

Este sínodo que comenzamos es, sin duda, una oportunidad única para nuestra archidiócesis. No es simplemente un evento más en el calendario pastoral, sino un tiempo que Dios nos regala para dejarnos tocar por su presencia, para abrir el corazón a su Espíritu y para crecer juntos como una gran familia que camina unida. En medio de la rutina diaria, entre el trabajo, los estudios, las tareas pastorales y las responsabilidades familiares, este tiempo nos invita a detenernos y a mirar lo más esencial: Dios nos llama, nos quiere vivos y nos quiere juntos.

Os invitamos de corazón a no quedaros al margen. Cada uno de vosotros tiene un papel importante que desempeñar. Participar en los grupos sinodales es más que asistir a reuniones; es compartir lo que llevamos dentro, escuchar a nuestros hermanos y hermanas, aprender unos de otros y, sobre todo, aprender a escuchar la voz de Dios en nuestra vida y en la vida de nuestra iglesia. Preguntémonos: ¿Estoy dispuesto a escuchar y a aportar con sinceridad lo que Dios me inspire? ¿Me atrevo a ser parte activa de esta construcción comunitaria?

Os animamos también a rezar por el sínodo cada día. La oración no es un simple complemento; es la fuerza que hace posible todo cambio verdadero. Cuando oramos, abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo y le dejamos actuar en nosotros y en nuestra archidiócesis. ¿Rezo por el sínodo con fe, pidiendo que el Espíritu nos guíe y nos enseñe a vivir la comunión? ¿Dedico un tiempo a pedir luz y fortaleza para mis hermanos y hermanas en Cristo?

Y, sobre todo, escuchad lo que el Espíritu dice a la Iglesia de Toledo. Él es el verdadero protagonista de este camino. Nos habla a través de la Palabra, de los acontecimientos, de los consejos de los demás, de la oración y de los sacramentos. Escucharle requiere silencio interior,

humildad y disposición a dejarnos transformar. ¿Estoy dispuesto a escuchar con el corazón abierto, sin prejuicios ni miedo, lo que Dios quiere decirme a mí y a nuestra iglesia?

Ponemos este camino bajo la mirada maternal de la Virgen María, invocada en nuestra archidiócesis como Virgen del Sagrario, Virgen de Guadalupe, Virgen del Prado, Virgen de la Caridad, entre otras muchas. Ella nos acompaña como guía, consuelo y ejemplo. Que nos enseñe a ser una iglesia que sabe escuchar, que sabe ponerse al servicio de los demás, y que sabe anunciar con alegría y valentía el Evangelio. Que su maternal intercesión nos ayude a ser cada día más abiertos a la acción del Espíritu Santo y más generosos en la misión que Cristo nos confía.

Confiamos en que este sínodo nos permitirá redescubrir la belleza de caminar juntos, la fuerza de la oración compartida y la alegría de anunciar a Jesús a todos, sin miedo y con esperanza. Que cada paso que demos sea un paso hacia una iglesia más viva, más unida y más misionera.

Con nuestro afecto y bendición.

✠ Francisco Cerro Chaves
Arzobispo de Toledo, Primado de España

✠ Francisco César García Magán
Obispo Auxiliar de Toledo

En Toledo, a 4 de octubre de 2025.

Memoria de san Francisco de Asís..

